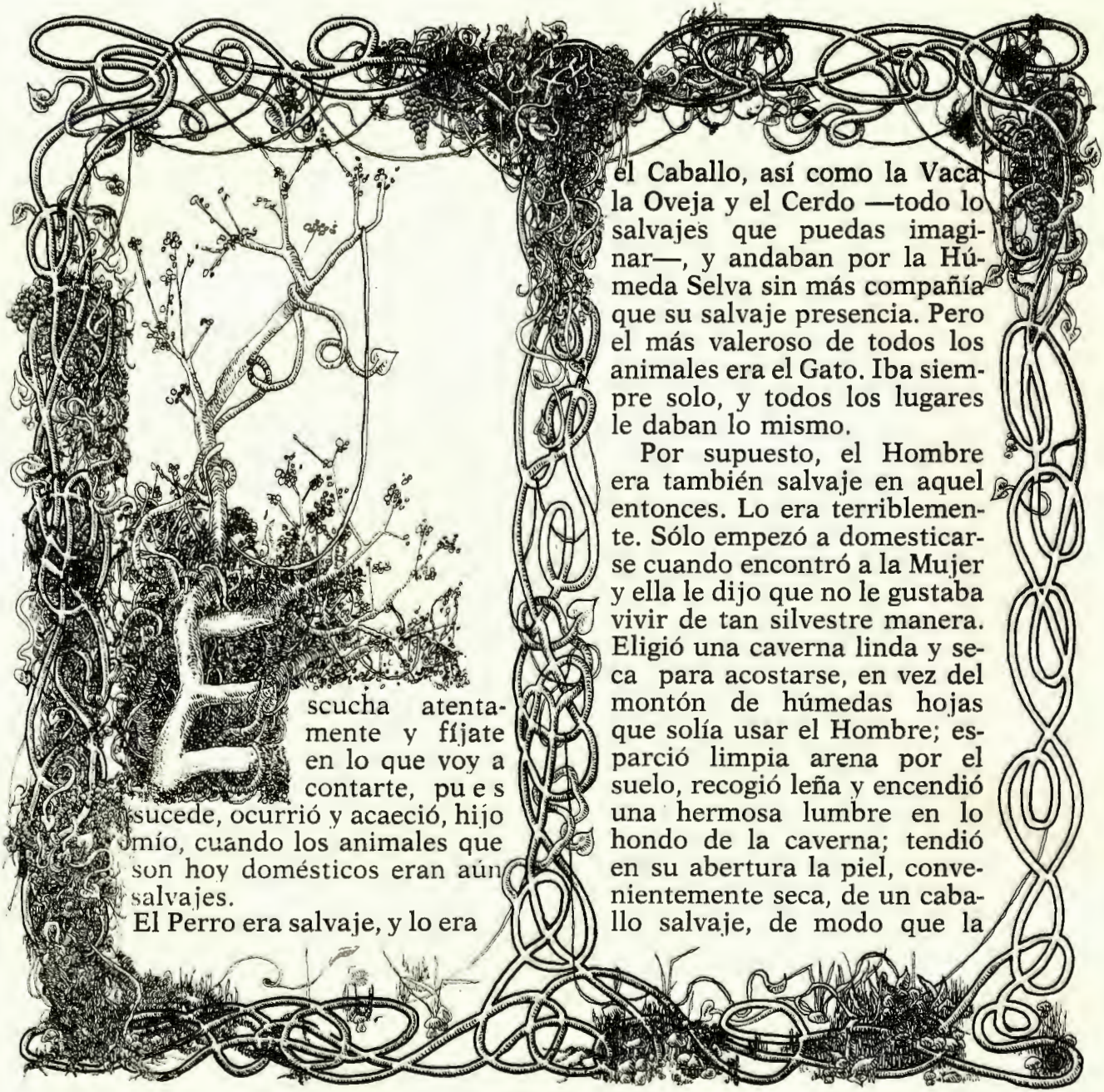
EL GATO QUE
IBA SOLO

EL GATO QUE IBA SOLO

Rudyard Kipling

Dibujos y Diagramación: José Pérez de Arce

© 43.526.
EDITORA NACIONAL GABRIELA MISTRAL LTDA.,
Av. Santa María 076. Casilla 69-D. Cables Mistral.
Santiago de Chile.
Primera Edición, 1975, en esta Editorial.
1.º al 5.º millar.



Escucha atentamente y fíjate en lo que voy a contarte, pues sucede, ocurrió y acaeció, hijo mío, cuando los animales que son hoy domésticos eran aún salvajes.

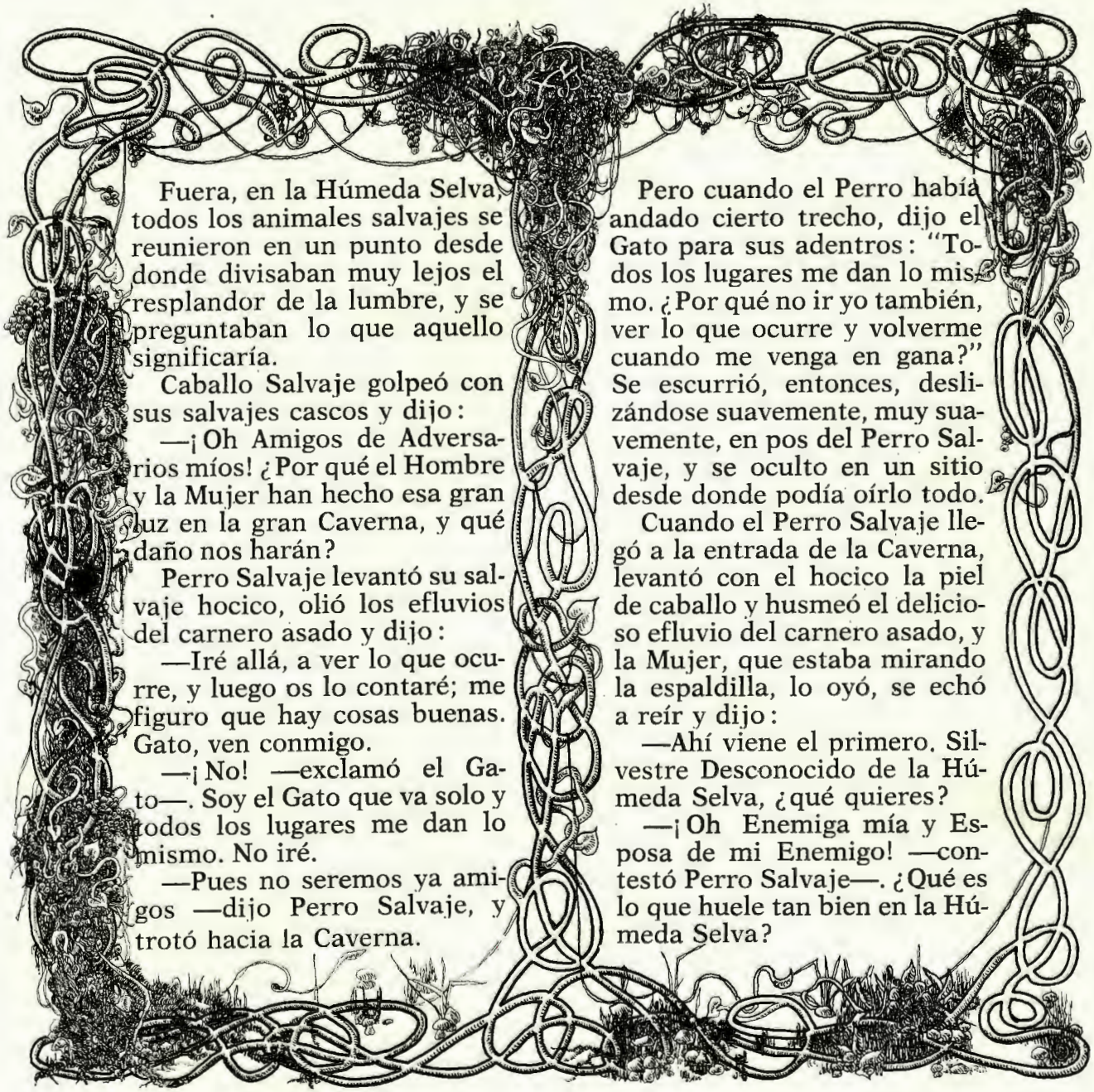
El Perro era salvaje, y lo era el Caballo, así como la Vaca la Oveja y el Cerdo —todo lo salvajes que puedas imaginar—, y andaban por la Húmeda Selva sin más compañía que su salvaje presencia. Pero el más valeroso de todos los animales era el Gato. Iba siempre solo, y todos los lugares le daban lo mismo.

Por supuesto, el Hombre era también salvaje en aquel entonces. Lo era terriblemente. Sólo empezó a domesticarse cuando encontró a la Mujer y ella le dijo que no le gustaba vivir de tan silvestre manera. Eligió una caverna linda y seca para acostarse, en vez del montón de húmedas hojas que solía usar el Hombre; esparció limpia arena por el suelo, recogió leña y encendió una hermosa lumbre en lo hondo de la caverna; tendió en su abertura la piel, convenientemente seca, de un caballo salvaje, de modo que la

cola quedara en la parte inferior, y dijo:

—Sacúdete el barro de los pies, maridito, pues ahora vamos a tener casa.

Aquella noche, hijo mío, comieron oveja salvaje asada sobre las piedras candentes y aliñada con ajo y pimiento selvático; y pato silvestre, relleno de arroz, fenogreco y cilantro, igualmente silvestres; y espinazo de buey salvaje; y cerezas y pequeñas granadas, silvestres también. Luego el Hombre se acostó frente al hogar, muy satisfecho; pero la Mujer se sentó y pasó un buen rato peinándose. Cogió un hueso de espalda de carnero —ese grande y llano que se llama espaldilla u omóplato—, y contempló los maravillosos signos que en él había. Luego echó más leña al fuego y se dedicó a hacer un hechizo. Entonó la Primera Canción Mágica del mundo.



Fuera, en la Húmeda Selva, todos los animales salvajes se reunieron en un punto desde donde divisaban muy lejos el resplandor de la lumbre, y se preguntaban lo que aquello significaría.

Caballo Salvaje golpeó con sus salvajes cascos y dijo:

—¡Oh Amigos de Adversarios míos! ¿Por qué el Hombre y la Mujer han hecho esa gran luz en la gran Caverna, y qué daño nos harán?

Perro Salvaje levantó su salvaje hocico, olió los efluvios del carnero asado y dijo:

—Iré allá, a ver lo que ocurre, y luego os lo contaré; me figuro que hay cosas buenas. Gato, ven conmigo.

—¡No! —exclamó el Gato—. Soy el Gato que va solo y todos los lugares me dan lo mismo. No iré.

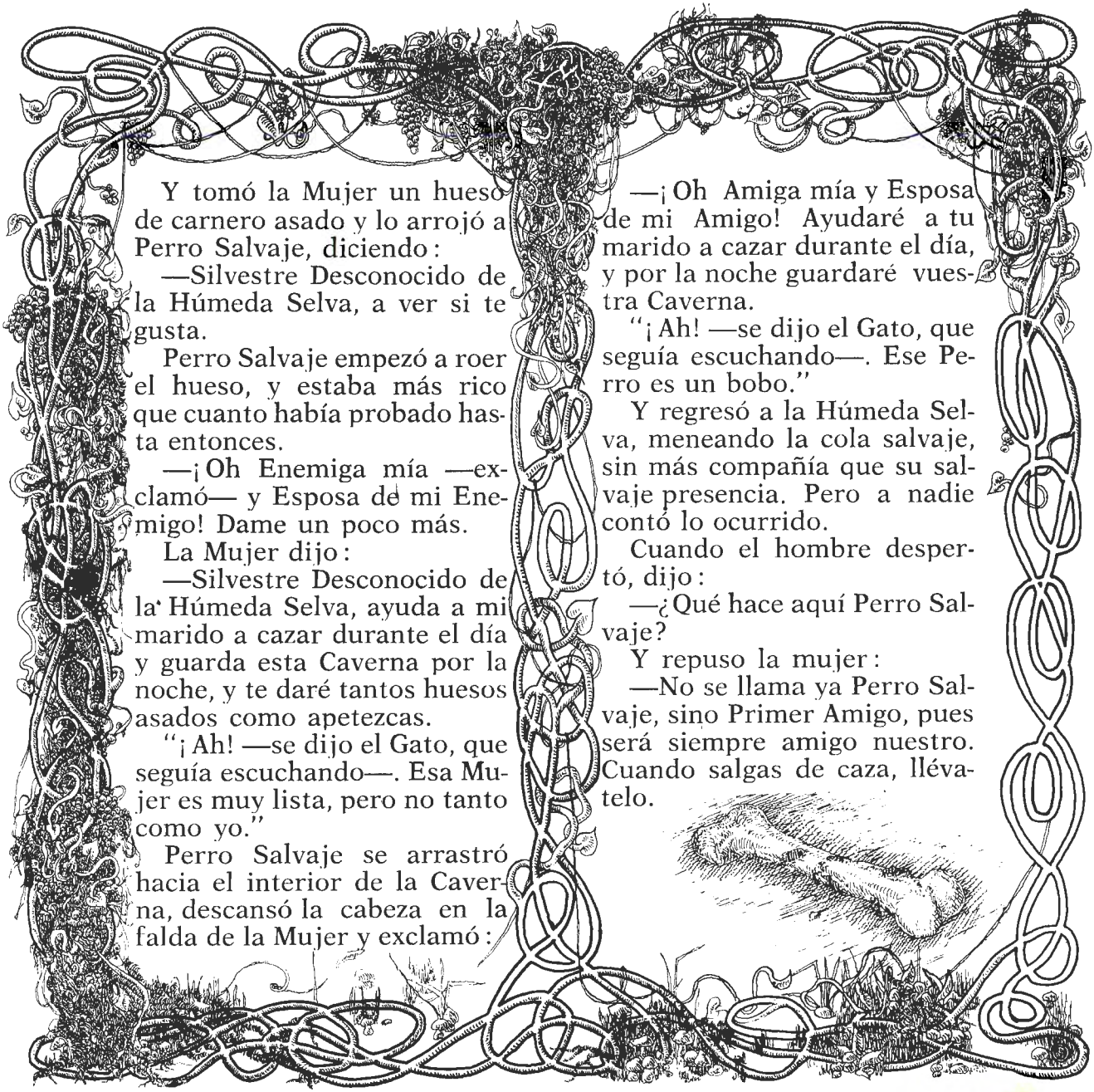
—Pues no seremos ya amigos —dijo Perro Salvaje, y trotó hacia la Caverna.

Pero cuando el Perro había andado cierto trecho, dijo el Gato para sus adentros: "Todos los lugares me dan lo mismo. ¿Por qué no ir yo también, ver lo que ocurre y volverme cuando me venga en gana?" Se escurrió, entonces, deslizándose suavemente, muy suavemente, en pos del Perro Salvaje, y se oculto en un sitio desde donde podía oírlo todo.

Cuando el Perro Salvaje llegó a la entrada de la Caverna, levantó con el hocico la piel de caballo y husmeó el delicioso efluvio del carnero asado, y la Mujer, que estaba mirando la espaldilla, lo oyó, se echó a reír y dijo:

—Ahí viene el primero. Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva, ¿qué quieres?

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo! —contestó Perro Salvaje—. ¿Qué es lo que huele tan bien en la Húmeda Selva?



Y tomó la Mujer un hueso de carnero asado y lo arrojó a Perro Salvaje, diciendo:

—Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva, a ver si te gusta.

Perro Salvaje empezó a roer el hueso, y estaba más rico que cuanto había probado hasta entonces.

—¡Oh Enemiga mía —exclamó— y Esposa de mi Enemigo! Dame un poco más.

La Mujer dijo:

—Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva, ayuda a mi marido a cazar durante el día y guarda esta Caverna por la noche, y te daré tantos huesos asados como apetezcas.

"¡Ah! —se dijo el Gato, que seguía escuchando—. Esa Mujer es muy lista, pero no tanto como yo."

Perro Salvaje se arrastró hacia el interior de la Caverna, descansó la cabeza en la falda de la Mujer y exclamó:

—¡Oh Amiga mía y Esposa de mi Amigo! Ayudaré a tu marido a cazar durante el día, y por la noche guardaré vuestra Caverna.

"¡Ah! —se dijo el Gato, que seguía escuchando—. Ese Perro es un bobo."

Y regresó a la Húmeda Selva, meneando la cola salvaje, sin más compañía que su salvaje presencia. Pero a nadie contó lo ocurrido.

Cuando el hombre despertó, dijo:

—¿Qué hace aquí Perro Salvaje?

Y repuso la mujer:

—No se llama ya Perro Salvaje, sino Primer Amigo, pues será siempre amigo nuestro. Cuando salgas de caza, llévatelo.

Aquella noche, la Mujer cortó grandes brazadas de hierba en los prados y la puso a secar junto a la lumbre, de modo que olía a heno recién segado. Se sentó luego a la entrada de la Caverna, trenzó un cabestro con piel de caballo, contempló un rato la espaldilla de carnero —el hueso grande y llano, que se llama también omóplato—, e hizo un hechizo. Entonó la Segunda Canción Mágica del mundo.

Fuera, en la Húmeda Selva, todos los animales se preguntaban qué le habría ocurrido a Perro Salvaje, y, por fin, Caballo Salvaje golpeó el suelo con sus cascos y dijo:

—Iré allá, a ver lo que ocurre, y os contaré por qué Perro Salvaje no ha vuelto. Gato, ven conmigo.

—¡No! —replicó el Gato—. Soy el Gato que va solo y todos los lugares me dan lo mismo. No iré.

No obstante, siguió sigilosamente a Caballo Salvaje y se ocultó en un sitio desde donde podía oírlo todo.

Cuando la Mujer oyó a Caballo Salvaje pisándose la larga crin y dando traspiés, se echó a reír y dijo:

—Ahí viene el Segundo. Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva, ¿qué quieres?

Caballo Salvaje contestó:

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo! ¿Dónde está Perro Salvaje?

La Mujer volvió a reír. Cogió la espaldilla de carnero, la contempló y dijo:

—Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva, no has veni-

do en busca de Perro Salvaje sino a causa de esta hierba sabrosa.

Y Caballo Salvaje, pisándose la larga crin y dando traspiés, dijo:

—Así es. Dámela; quiero comerla.

—Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva —dijo la Mujer—, agacha tu cabeza salvaje, lleva lo que te daré y en adelante comerás esta hierba maravillosa tres veces al día.

"¡Ah! —se dijo el Gato, que seguía escuchando—. Esa Mujer es lista, pero no tanto como yo."

Caballo Salvaje inclinó la cabeza, y la Mujer la pasó por el cabestro trenzado. Caballo Salvaje dio un resoplido a los pies de la Mujer y dijo:

—¡Oh Dueña mía y Esposa de mi Señor! Seré vuestro sirviente a cambio de la hierba maravillosa.

"¡Ay! —se dijo el Gato, que seguía escuchando—. Ese Caballo es muy bobo."

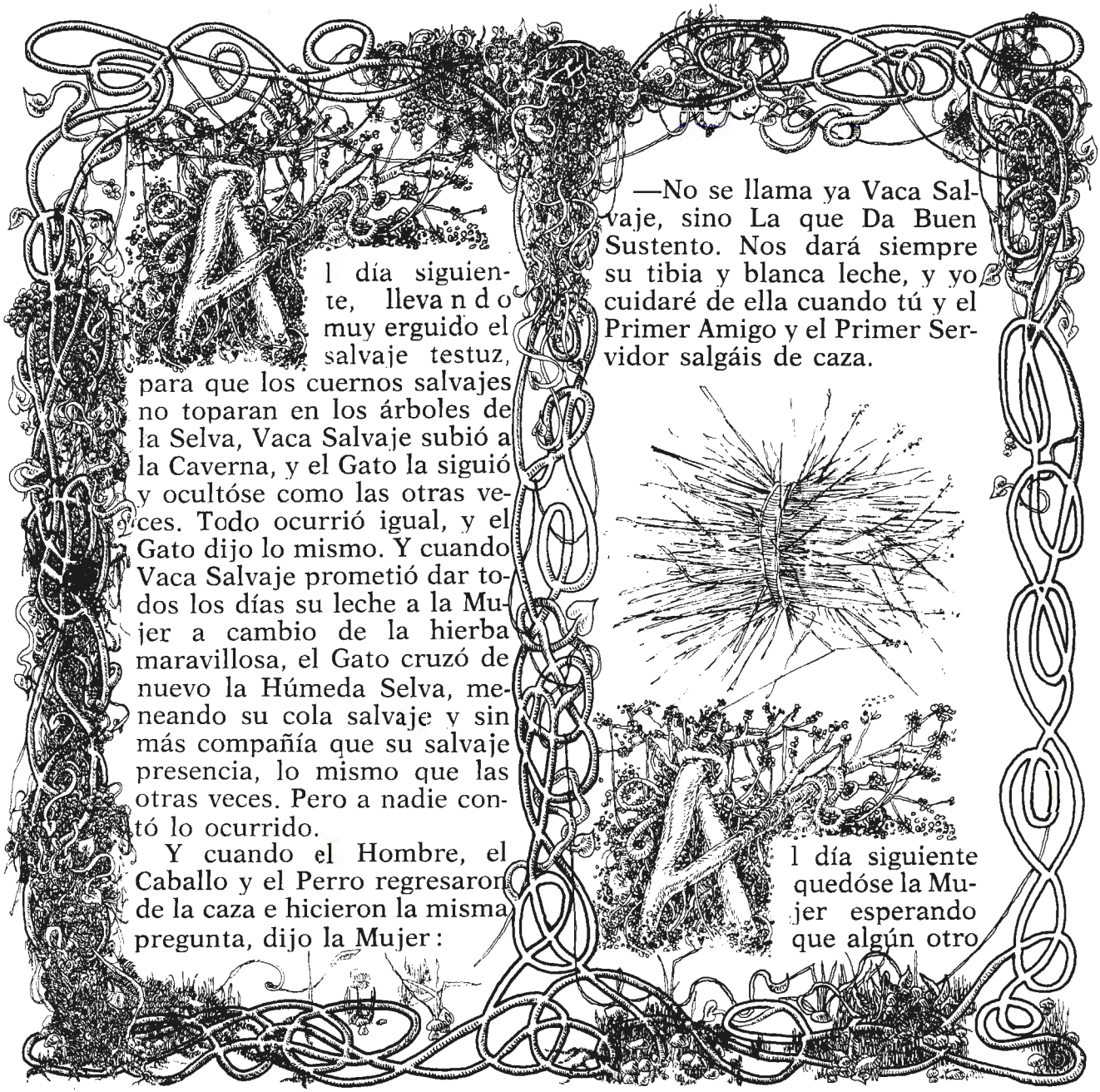
Y regresó, cruzando la Húmeda Selva y balanceando su cola, sin más compañía que su salvaje presencia. Pero a nadie contó lo ocurrido.

Cuando el Hombre y el Perro regresaron de la caza, dijo el Hombre:

—¿Qué hace aquí Caballo Salvaje?

Y la Mujer contestó:

—No se llama ya Caballo Salvaje, sino Primer Servidor, pues nos llevará siempre de un sitio a otro. Cuando salgas de caza, cabalga en su lomo.

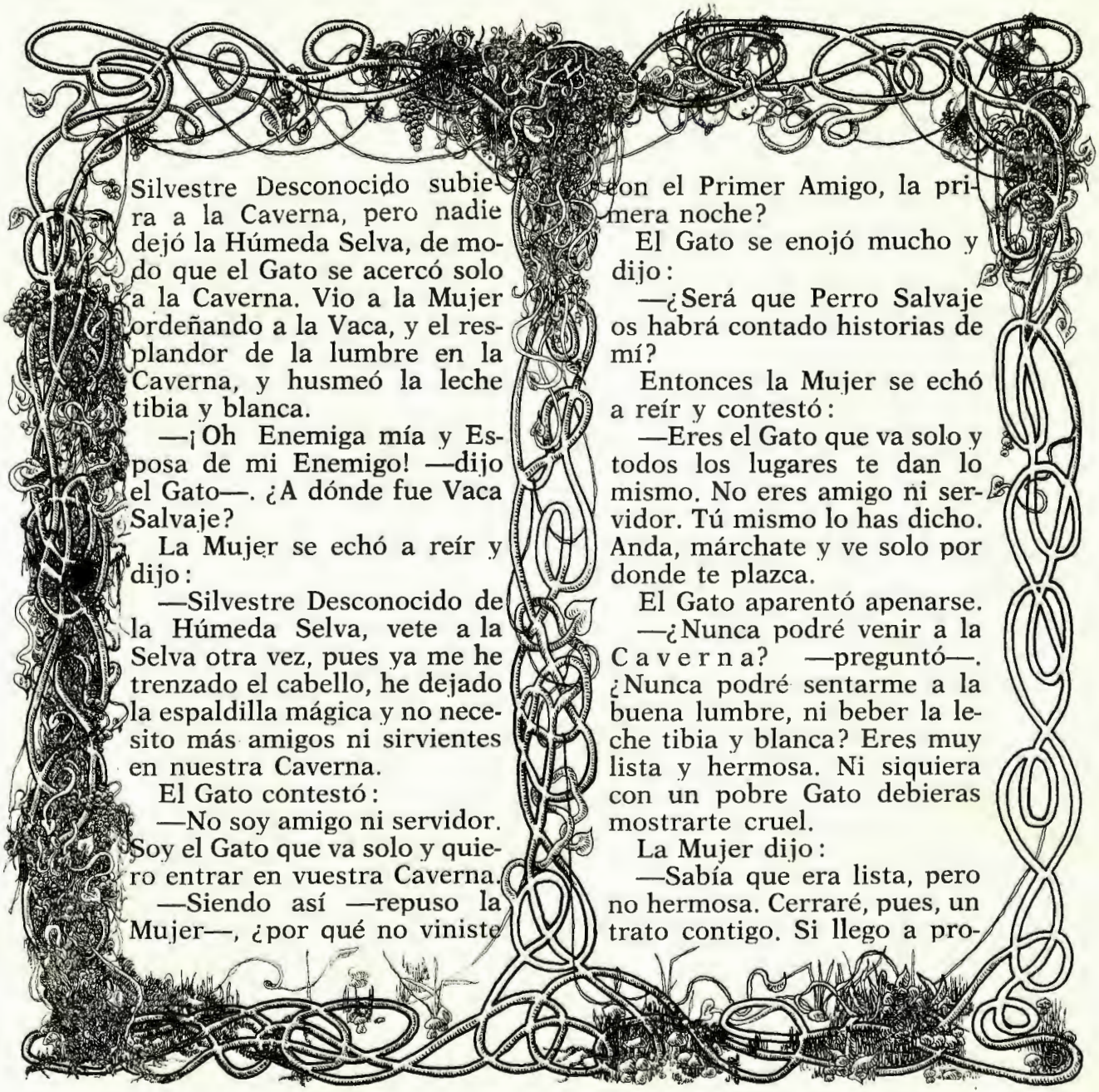


l día siguiente, llevando muy erguido el salvaje testuz, para que los cuernos salvajes no toparan en los árboles de la Selva, Vaca Salvaje subió a la Caverna, y el Gato la siguió y ocultóse como las otras veces. Todo ocurrió igual, y el Gato dijo lo mismo. Y cuando Vaca Salvaje prometió dar todos los días su leche a la Mujer a cambio de la hierba maravillosa, el Gato cruzó de nuevo la Húmeda Selva, meneando su cola salvaje y sin más compañía que su salvaje presencia, lo mismo que las otras veces. Pero a nadie contó lo ocurrido.

Y cuando el Hombre, el Caballo y el Perro regresaron de la caza e hicieron la misma pregunta, dijo la Mujer:

—No se llama ya Vaca Salvaje, sino La que Da Buen Sustento. Nos dará siempre su tibia y blanca leche, y yo cuidaré de ella cuando tú y el Primer Amigo y el Primer Servidor salgáis de caza.

l día siguiente quedóse la Mujer esperando que algún otro



Silvestre Desconocido subiera a la Caverna, pero nadie dejó la Húmeda Selva, de modo que el Gato se acercó solo a la Caverna. Vio a la Mujer ordeñando a la Vaca, y el resplandor de la lumbre en la Caverna, y husmeó la leche tibia y blanca.

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo! —dijo el Gato—. ¿A dónde fue Vaca Salvaje?

La Mujer se echó a reír y dijo:

—Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva, vete a la Selva otra vez, pues ya me he trenzado el cabello, he dejado la espaldilla mágica y no necesito más amigos ni sirvientes en nuestra Caverna.

El Gato contestó:

—No soy amigo ni servidor. Soy el Gato que va solo y quiero entrar en vuestra Caverna.

—Siendo así —repuso la Mujer—, ¿por qué no viniste con el Primer Amigo, la primera noche?

El Gato se enojó mucho y dijo:

—¿Será que Perro Salvaje os habrá contado historias de mí?

Entonces la Mujer se echó a reír y contestó:

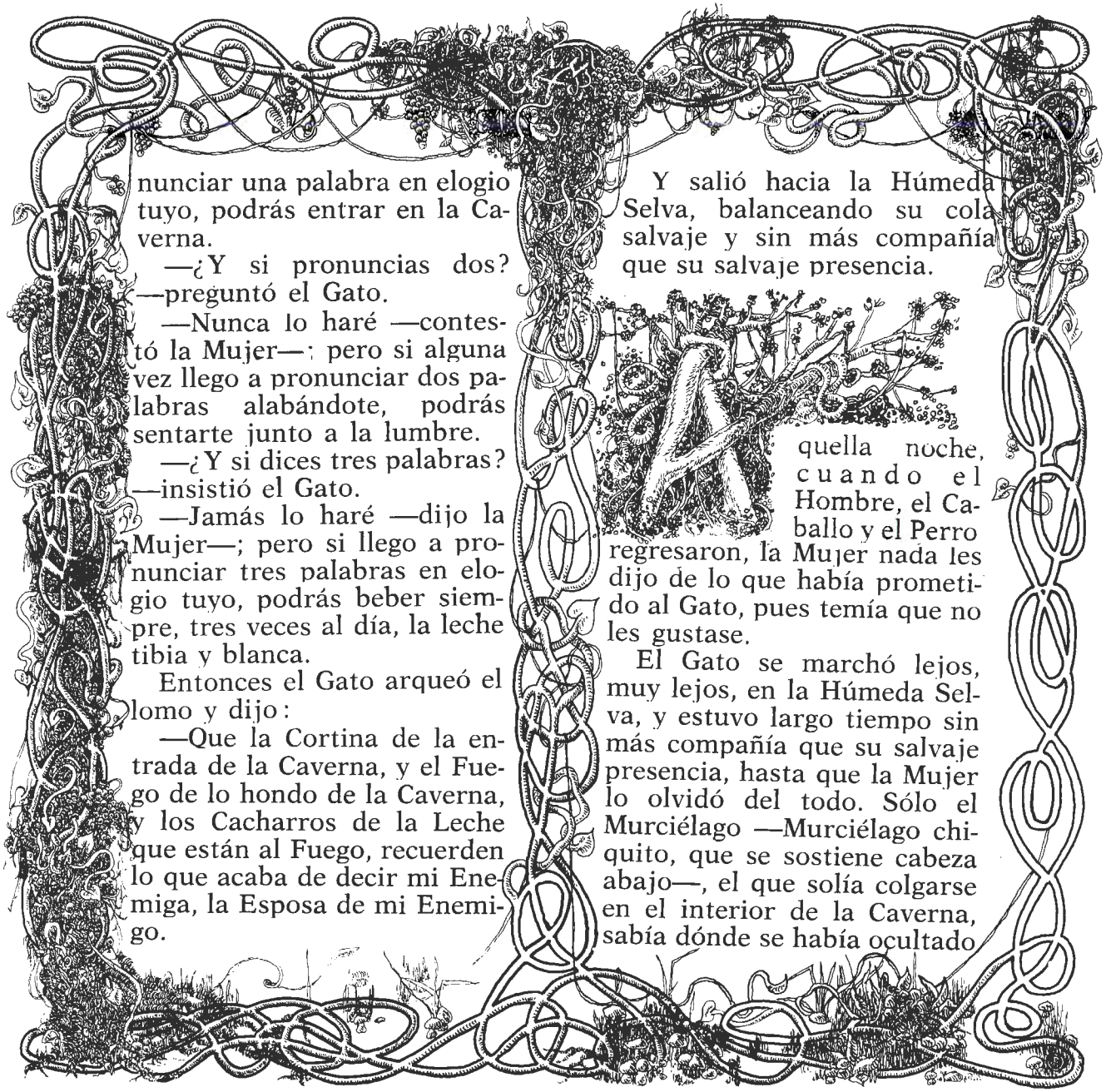
—Eres el Gato que va solo y todos los lugares te dan lo mismo. No eres amigo ni servidor. Tú mismo lo has dicho. Anda, márchate y ve solo por donde te plazca.

El Gato aparentó apenarse.

—¿Nunca podré venir a la Caverna? —preguntó—. ¿Nunca podré sentarme a la buena lumbre, ni beber la leche tibia y blanca? Eres muy lista y hermosa. Ni siquiera con un pobre Gato debieras mostrarte cruel.

La Mujer dijo:

—Sabía que era lista, pero no hermosa. Cerraré, pues, un trato contigo. Si llego a pro-



nunciar una palabra en elogio tuyo, podrás entrar en la Caverna.

—¿Y si pronuncias dos? —preguntó el Gato.

—Nunca lo haré —contestó la Mujer—; pero si alguna vez llego a pronunciar dos palabras alabándote, podrás sentarte junto a la lumbre.

—¿Y si dices tres palabras? —insistió el Gato.

—Jamás lo haré —dijo la Mujer—; pero si llego a pronunciar tres palabras en elogio tuyo, podrás beber siempre, tres veces al día, la leche tibia y blanca.

Entonces el Gato arqueó el lomo y dijo:

—Que la Cortina de la entrada de la Caverna, y el Fuego de lo hondo de la Caverna, y los Cacharros de la Leche que están al Fuego, recuerden lo que acaba de decir mi Enemiga, la Esposa de mi Enemigo.

Y salió hacia la Húmeda Selva, balanceando su cola salvaje y sin más compañía que su salvaje presencia.

quella noche, cuando el Hombre, el Caballo y el Perro regresaron, la Mujer nada les dijo de lo que había prometido al Gato, pues temía que no les gustase.

El Gato se marchó lejos, muy lejos, en la Húmeda Selva, y estuvo largo tiempo sin más compañía que su salvaje presencia, hasta que la Mujer lo olvidó del todo. Sólo el Murciélago —Murciélago chiquito, que se sostiene cabeza abajo—, el que solía colgarse en el interior de la Caverna, sabía dónde se había ocultado

el Gato; y volaba todas las noches y le traía noticias de lo que ocurría.

ierta noche dijo el Murciélago:

—Hay un nene en la Caverna. Es nuevecito, rosado, muy gordezuelo y menudo, y la Mujer está encantada con él.

—¡Ah! —dijo el Gato, escuchando—. Pero al Nene, ¿qué le gusta?

—Le gustan las cosas blandas y que hacen cosquillas —contestó el Murciélago—. Le gusta tener en los brazos cosas tibias cuando quiere dormir. Le gusta que jueguen con él. Todo eso le gusta.

—¡Ah! —exclamó el Gato, escuchando—. Entonces ha llegado mi hora.

Al anochecer, anduvo el Gato por la Húmeda Selva y se escondió muy cerca de la Caverna hasta la madrugada, y el Hombre, el Perro y el Caballo salieron de caza. Aquella mañana estaba la Mujer muy atareada guisando, y el Nene lloraba y la interrumpía. Por eso su madre lo dejó fuera de la Caverna y le dio un puñado de guijarros para jugar. Pero

el Nene seguía llorando.

Entonces el Gato alargó su blanda pata y le dio al Nene en la mejilla y lo arrulló dulcemente; luego se frotó contra sus gordezuelas rodillas y le cosquilleó con la cola el rollizo mentón. Y el Niño se echó a reír; y la Mujer lo oyó e iluminó su rostro una sonrisa.

El Murciélago —el Murciélago chiquito, que se sostiene cabeza abajo—, el que solía colgarse en el interior de la Caverna, dijo así:

—¡Oh mi Dueña y Esposa de mi Señor y Madre del Hijo de mi Señor! Un Silvestre Desconocido de la Húmeda Selva está jugando lindamente con tu Niño.

—Bien haya el Silvestre Desconocido, quienquiera que sea —dijo la Mujer, cuadrando los hombros—, pues esta mañana tengo mucho trabajo y me ha prestado un gran servicio.

Y en aquel preciso instante, hijo mío, la Cortina de piel de caballo que pendía cola abajo en la boca de la Caverna cayó al suelo —*¡chas!*—, recordando lo que había convenido la Mujer con el Gato; y cuando la Mujer se acercó a recoger la Cortina, mira lo que sucedió, hijo mío: encontró al Gato sentado, muy regaladamente, dentro de la Caverna.

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo y Madre de mi Enemigo! —dijo el Gato—. Soy yo, pues has pronunciado una palabra en mi elogio, y ahora puedo sentarme para siempre en la Caverna. Pero sigo siendo el Gato que va solo y todos los lugares me dan lo mismo.

La Mujer se enojó mucho. Apretó los labios, cogió su rueca y empezó a hilar.

Pero el Nene lloraba porque se había marchado el Gato, y

la Mujer no acertaba a consolarlo, pues el pequeñín se debatía y pataleaba, y se le ponía morado el rostro.

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo y Madre de mi Enemigo! —dijo el Gato—. Toma un hilo de los que estás hilando, átalo a la rueca y déjalo en el suelo; te enseñaré un hechizo que hará soltar a tu Nene unas carcajadas tan fuertes como su llanto.

—Lo haré —asintió la Mujer—, porque ya nada se me ocurre para consolarlo; pero no te daré las gracias por ello.

Ató, pues, el hilo a la rueca chiquita de barro cocido y lo soltó al suelo. El Gato corrió tras él, le pegó con las patas, dio varias volteretas, lo agitó hacia atrás sobre el lomo, lo persiguió entre sus patas traseras, hizo como que lo perdía y se arrojó sobre él otra vez. Al fin, el Niño se echó a reír tan fuertemente como había llorado y gateó en pos del Gato, jugueteó por toda la Caverna y se cansó y se acurrucó blandamente, quedándose dormido con el Gato en brazos.

—Ahora —dijo el Gato— le cantaré una canción que lo hará dormir durante una hora.

Y empezó a ronronear, alternando los sonidos fuertes con los suaves, hasta que el Nene se quedó profundamente dormido. La Mujer sonrió y, bajando la vista, los miró a ambos, y dijo:

—Lo has hecho a las mil maravillas. No hay duda, ¡oh Gato!, de que eres listo de verdad.

En aquel preciso instante, hijo mío, el humo de la lumbre que estaba en el fondo de la Caverna bajó del techo en densas nubes —*¡puf!*—, recordando lo que había convenido la Mujer con el Gato; y, cuan-

do se desvaneció, hijo mío, el Gato estaba sentado, muy regaladamente, junto al fuego.

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo y Madre de mi Enemigo! —dijo el Gato—. Soy yo; has pronunciado una segunda palabra en elogio mío, y ahora puedo ya sentarme para siempre junto a la buena lumbre, en el fondo de la Caverna. Pero sigo siendo el Gato que va solo y todos los lugares me dan lo mismo.

Entonces la Mujer se encolerizó mucho, muchísimo. Se soltó el cabello y echó más leña al hogar, y sacó la ancha espaldilla de carnero y soltó un hechizo que le impidiera pronunciar una tercera palabra en alabanza del Gato. No era una canción mágica, hijo mío, sino un Hechizo Callado; y, poco a poco, quedó tan silenciosa la Caverna que un ratoncillo de los más chiquitos se atrevió a salir de un rincón y a corretear por el suelo.

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo y Madre de mi Enemigo! —dijo el Gato—. Ese ratoncillo, ¿forma parte de tu Hechizo?

—¡Hiiii! ¡Hiiii! ¡Claro que no! —chilló la Mujer.

Y soltó la espaldilla y subió de un salto a un escabel que estaba junto a la lumbre, y volvió a recogerse el pelo muy prestamente, temiendo que el ratoncillo se subiese por él.

—¡Ah! —dijo el Gato—. Entonces, el ratón no me hará daño si me lo como, ¿verdad?

—No —repuso la Mujer, que seguía trenzándose y recogiéndose el cabello—; cómetelo enseguida y te lo agradeceré.

El gato dio un brinco y cogió al ratón chiquito, y la Mujer dijo:

—Mil gracias. Ni siquiera el Primer Amigo sabe coger tan

prestamente los ratones como tú. De veras que eres listo.

Y en aquel preciso instante, hijo mío, el Cacharro de la leche que estaba junto al Fuego se partió por la mitad —*¡zas!*—, recordando lo que había convenido la Mujer con el Gato; y cuando la Mujer saltó del escabel, sucedió que el Gato lamía la leche tibia y blanca que había quedado en uno de los trozos.

—¡Oh Enemiga mía y Esposa de mi Enemigo y Madre de mi Enemigo! —dijo el Gato—. Soy yo; has pronunciado ya tres palabras en alabanza mía, y ahora puedo beber siempre, tres veces al día, la leche tibia y blanca. Pero soy *todavía* el Gato que va solo y todos los lugares me dan lo mismo.

Entonces la Mujer se echó a reír y dio al Gato otro cuenco de tibia y blanca leche, diciendo:

—¡Oh Gato! Eres tan listo como el Hombre; acuérdate de que no cerraste ningún trato con el Hombre ni el Perro, y no sé lo que harán cuando regresen.

—¿Y a mí qué me importa? —replicó el Gato—. Mientras tenga sitio en la Caverna, junto al Fuego, y leche tibia y blanca tres veces al día, nada se me dará lo que el Hombre y el Perro puedan hacer.

Aquella noche, cuando el Hombre y el Perro entraron en la Caverna, la Mujer les refirió toda la Historia de lo convenido con el Gato, mientras éste estaba junto a la lumbre y se sonreía.

—Está bien —aceptó el Hombre—; pero no olvides que no ha cerrado ningún trato *conmigo*, ni con mis descendientes que se estimen.

Cogió entonces sus dos botas de cuero y su pequeña hacha de piedra (y suman tres), y luego un leño y un destral (y suman cinco), y los puso en fila, diciendo.

—Ahora vamos a cerrar *nuestro* trato. Si no coges siempre los ratones cuando estés en la Caverna, te arrojaré estas cinco cosas en cuanto te vea, y lo mismo harán todos mis descendientes que se estimen.

—¡Ah! —exclamó la Mujer—. Este Gato es muy listo: pero no lo es tanto como el Hombre, mi marido.

El Gato contó las cinco cosas —que parecían muy duras y llenas de protuberancias— y dijo:

—Atraparé siempre ratones en la Caverna, pero sigo siendo *todavía* el Gato que va solo y todos los lugares me dan lo mismo.

—No te darán lo mismo cuando yo esté cerca —repuso el Hombre—. Si no hubieses dicho esto último, hubiera apartado estas cosas para siempre; pero ahora te arrojaré mis botas y mi pequeña hacha de piedra (y suman tres) cada vez que me tope contigo. Y lo mismo harán todos mis descendientes que se estimen.

Entonces dijo el Perro:

—Espera un poco. *Conmigo* tampoco has cerrado ningún trato, ni con mis descendientes que se estimen —y le mostró los dientes, agregando—: Si no te portas bien con el Nene cuando yo esté en la Caverna, te perseguiré siempre hasta alcanzarte y morderte. Y lo mismo harán todos mis descendientes que se estimen.

—¡Ah! —exclamó la Mujer al oírlo—. Este Gato es muy listo; pero aún lo es más el Perro.

El Gato contó los colmillos del Perro (que parecían, en verdad, muy afilados) y dijo:

—Cuando esté en la Caverna me portaré siempre bien con el Niño, mientras no me tire demasiado de la cola. Pero soy *todavía* el Gato que va solo y todos los lugares me dan lo mismo.

—No te darán lo mismo si yo estoy cerca —repuso el Perro—. Si no hubieses dicho esto último, yo hubiera cerrado la boca para siempre; pero desde ahora, cuando te encuentre, te perseguiré hasta que te subas a un árbol. Y lo mismo harán mis descendientes que se estimen.

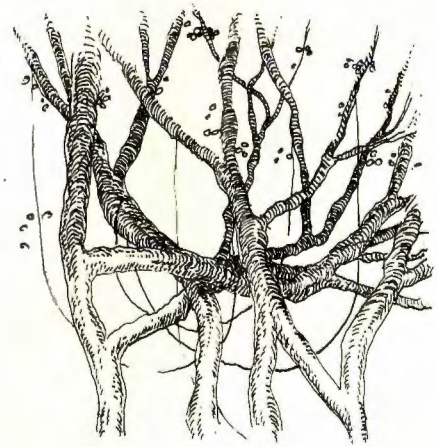
Entonces el Hombre arrojó contra el Gato sus dos botas y su pequeña hacha de piedra (y suman tres), y el Gato salió corriendo de la Caverna, y el Perro lo persiguió hasta obligarlo a encaramarse a un árbol. Y desde aquel día, de cada cinco hombres hay siempre tres que, cuando encuentran al Gato, le arrojan algo, y todos los perros dignos de este nombre lo persiguen hasta que se refugia en la copa de un árbol.

Pero, por su parte, también el Gato cumple lo convenido. Mata los ratones y se muestra cariñoso con los nenes mientras no lo tiren demasiado de la cola. Y, cumplidos sus deberes, cuando sale la Luna y llega la noche, vuelve de cuando en cuando a ser el Gato que va solo y todos los lugares le dan lo mismo. Entonces se marcha a los Húmedos Bosques, o se sube a los Húmedos Árboles, o camina por los Tejados Húmedos y solitarios, meneando su cola salvaje, sin más compañía que su salvaje presencia.

Junto a la lumbre, el Gato sabe ronronear,
o se sube a una rama, y se queda allí, inerte;
juega con un bramante, con un viejo tapón,
más no por alegrarme:es él quien se divierte.
En cambio, el perro Binkie *me gusta mucho más,*
pues su conducta no es jamás ambigua;
Binkie *como el Primer Amigo vuelve a ser;*
y yo soy como el Hombre de la Caverna antigua.

Juega el Gato a ser Viernes (aquel del Robinson)
y humedece una pata a su manera,
y va por el alféizar de la ventana: allí
ha de quedar la huella que Crusoe descubriera.
Luego eriza la cola, con un leve maullar,
y se rasca y no atiende a lo que digo;
en cambio, a cualquier hora Binkie *quiere jugar*
y es muy de veras mi Primer Amigo.

Más de una vez el Gato la cabeza apoyó
en mis rodillas, como si mucho me quisiera;
pero, apenas me acuesto, ya el Gato se marcha,
y decide en el patio pasar la noche entera,
hasta ver otro día alborear,
y así su falsedad conozco. Mas conmigo
descansa y ronca Binkie *por la noche, a mis pies,*
y es mi Primer Amigo.



Publicación mensual

N.º 3

Junio de 1975

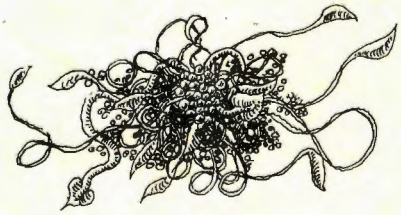
Presidente Ejecutivo: Diego Barros Ortiz.

Gerente General: José Harrison de la Barra.

Gerente Editorial: Mario Correa Saavedra.

Mundo Infantil

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda.
Bellavista 0153, Santiago, en el mes de junio de 1975.
Hecho en Chile — Printed in Chile.



EDITORA NACIONAL GABRIELA MISTRAL

Suya... Nuestra... de Chile